

Retos al comienzo del milenio

Cándido Ániz, OP

Presentación

A la luz de la Carta Apostólica "Nuevo Milenio"

Con mayor o menor fortuna, a todos nos han correspondido en los meses estivales unos días de especial relajación, reencuentro familiar festivo, ocio recuperador. Ahora el calendario laboral nos devuelve al trabajo, a las aulas, a los talleres, a las oficinas, a la investigación.

Que nos devuelva también al análisis de todo aquello que programamos hacer y no hicimos, y a la previsión de acciones y actitudes para nuestro inmediato futuro.

Esta página quiere estar a tono con un posible análisis y previsión que puede sernos beneficioso, al iniciar el curso 2001-2002, a profesores, maestros, oficinistas, médicos, sacerdotes, banqueros, voluntarios en servicio, horticultores o desempleados; es decir, a todos cuantos nos hallemos dispuestos a hacer memoria de lo vivido y a formular algunos objetivos o compromisos nuevos.

Los temas de análisis y revisión los tomaremos pastoralmente de unas palabras del papa Juan Pablo II en su Carta Apostólica **Novo millennio ineunte (Al comenzar el nuevo milenio)**, fechada en enero del 2001. En ella nos dice el Santo Padre que la humanidad vive afectada por "muchas urgencias frente a las cuales el espíritu cristiano y humano no puede permanecer insensible", y que es preciso reaccionar investigando la verdad, buscando la paz, luchando contra atropellos a los derechos humanos, dialogando por caminos de fraternidad, y denunciando desequilibrios que hacen inhabitable parte del planeta tierra... Muchos problemas y temas, sin duda.

A nosotros, en esta ocasión al menos, nos bastará enunciar y esbozar cuatro cuestiones utilizando diversos textos de la Carta Apostólica citada, para interiorizarlos y sacar conclusiones operativas.

1. Purifiquemos nuestra memoria histórica en servicio a la verdad

Esta primera reflexión de comienzo de curso es eminentemente cristiana y se va tejiendo en cercanía al alma del papa Juan Pablo II, hombre religioso actual, preocupado, responsable.

Él, al inicio del año 2001, analizó el contexto en que nos movemos los humanos, las responsabilidades que asumimos los cristianos en la historia, y los signos por los que parece que el Espíritu está hablando a la Iglesia y al mundo.

Tras ese análisis, nos ha indicado que él está viviendo espiritualmente (en la comunidad cristiana y como Responsable de la misma) un momento de gracia, animación y esperanza evangélica que quiere sea compartido por nosotros, miembros activos de la Iglesia, en perspectiva de un futuro.

Ese momento de fe, esperanza, animación, se concretaría en estas cuatro afirmaciones, que a cada cual nos corresponde ponderar y asumir:

- Dios está con nosotros y habla e interpela a la Iglesia.
- Él nos manda mirar al pasado y profetizar el futuro
- Él nos pide que purifiquemos nuestra memoria y pidamos perdón.
- Él, al otorgarnos perdón y gracia, nos lanza al futuro desde el presente.

Al leer esas palabras, ¿qué actitud interior se produce en cada uno de nosotros?; ¿sintonizamos con esa disposición de ánimo cuando nos disponemos a ejercer nuestra acción educativa, apostólica, social, cultural?; ¿nos parece adecuado ese lenguaje tan claramente "religioso" o preferiríamos ocultarnos tras otro más opaco que nos evitara enfrentarnos con algunos "sabios" según el lenguaje del mundo laico? Hable a cada cual su conciencia. Tal vez, al final del discurso, nos encontremos todos unidos o al menos más cercanos.

1.1. Dios está con nosotros y habla a su Iglesia.

Esta primera idea y experiencia nos la propone el Papa en su Carta Apostólica al hacernos partícipes de que él ha vivido el año Jubilar como un año de Gracia .

Echando una mirada sobre el año jubilar, dice, no podemos olvidar dos cosas:

-el deber que tenemos de gratitud a Dios por las maravillas que ha realizado por nosotros y entre nosotros...,

-y, al mismo tiempo, el deber de reconocer que todo lo ocurrido ante nosotros en este año exige ser considerado y, en cierto sentido, interpretado, para que sepamos escuchar lo que a lo largo de él el Espíritu ha dicho a la Iglesia... (Carta Apostólica, n. 2)

Retengamos, ante todo, el valor teológico confesado en el discurso: *el Año jubilar ha sido un acontecimiento de gracia*, con ciertos rasgos pentecostales, y ha marcado un hito en la historia de la Iglesia. En medio de la Iglesia y de la sociedad, Dios ha estado y está actuando a través de los signos de su presencia.

Si se acepta el hecho, por vía de fe, habremos de reconocer, en justa correspondencia de amor y fidelidad, nuestro deber de clarificar *qué nos dijo y qué sigue diciendo* el Señor a través de los "acontecimientos de gracia". Es una cuestión que sólo resolveremos

"considerando" e "interpretando" los hechos y signos de suerte que nos lleven al encuentro y escucha" de un mensaje divino.

Tres son, por tanto, los pasos a dar por la Iglesia y por nosotros: *considerar hechos y signos, interpretarlos, y saber escuchar su mensaje*. Los dos primeros pasos nos acercan a la verdad querida por Dios: en contexto bíblico, eclesial, social, histórico; y el tercero nos compromete con la verdad, con el Señor y con la Iglesia.

¿Nos proponemos considerar, interpretar, escuchar durante este curso el mensaje del Espíritu a la Iglesia y al hombre?

1.2. Escuchemos su mensaje: mirada al pasado, profecía del futuro.

Hallándonos en actitud de escuchar la voz de Dios, es necesario, sobre todo, pensar en el futuro que nos espera.

"Muchas veces durante estos meses {del Año jubilar}, dice el Papa, hemos mirado hacia el nuevo milenio que se nos abre. ¿Por qué lo hemos hecho? Para que el jubileo celebrado no resultara sólo memoria del pasado sino también profecía del futuro.

Es el momento en que se debe aprovechar el tesoro de gracia recibida y de traducirla en fervientes propósitos y en líneas de acción concretas.

Esa es la tarea a la cual se invita a todas las iglesias locales..".(Carta, 2-3)

¿Hacia dónde nos lleva la escucha de la Palabra? ¿Hacia dónde quiere dirigirnos la fuerza del Espíritu con su mensaje? Quiere que seamos conscientes de las gracias que recibimos, y que luego no nos durmamos en su contemplación sino que nos proyectemos hacia una vida nueva con renovados *propósitos y líneas de acción comprometida y perseverante*. Memoria del pasado, sí; pero en perspectiva de mejora, para que el Jubileo (el ayer de cada uno) se torne profecía del mañana mejor en nuestra vida eclesial y humana, por obra de la gracia y de nuestro esfuerzo y audacia.

Seamos sinceros con el ayer ya inevitable, y fijemos nuestra conducta en un nuevo modo de ser en Cristo y en la Iglesia.

1.3. Profundicemos en él: purificación del pasado; petición de perdón.

Si analizamos nuestra memoria histórica -eclesial, social, particular-, con intención de proyectar nueva vida, veremos fácilmente que nuestro pasado es muy turbio, salpicado con manchas de sangre y de sombras de infidelidades. ¿Qué debemos hacer para emprender nuevas rutas? *Si queremos renovarnos con vistas al futuro, hay que comenzar "purificándose" y pidiendo "perdón".*

La Iglesia oficial ya lo ha hecho. Hagámoslo también nosotros en nuestra pequeña historia, y procedamos a nuestra conversión.

"Para que nosotros pudiéramos contemplar con mirada más pura el Misterio, este Año Jubilar ha estado fuertemente caracterizado por la petición de perdón.

Y esto ha sido así no sólo para que cada uno individualmente examinara la propia vida para implorar misericordia y obtener el don especial de la indulgencia, sino para que toda la Iglesia recordara las infidelidades con que tantos hijos suyos, a lo largo de la historia, han ensombrecido el rostro de la Esposa de Cristo.

Para este examen de conciencia nos habíamos preparado mucho antes, conscientes de que la Iglesia, que acoge a los pecadores en su seno, es santa, pero a la vez tiene necesidad de purificación...¿Cómo olvidar la conmovedora Liturgia del 12 de marzo de 2000, en la cual yo mismo, en la basílica de San Pablo, fijando la mirada en Cristo crucificado, me hice portavoz de la Iglesia pidiendo perdón por el pecado de tantos hijos suyos?

Esta purificación de la memoria ha reforzado nuestros pasos en el camino hacia el futuro, haciéndonos a la vez más humildes y atentos en nuestra adhesión al Evangelio"(n.6).

¿Es extraño que la Iglesia de Cristo se ponga en camino de conversión y pida perdón para sus hijos infieles? No debiera serlo. Comunidades, diócesis, familias, instituciones, movimientos, todos hemos cometido torpezas por las que hemos de mostrar nuestro dolor, y convertirnos a la verdad.

Por eso, conscientes como somos de las llagas de la Iglesia en sus miembros, nos complace que en los últimos años los Pontífices hayan creído necesario pedir perdón a la humanidad. Si no lo hubieran hecho, parecería que la Iglesia no estaba a tono con la sinceridad y la verdad, con los signos de los tiempos. Si otras instituciones, tan responsables como la Iglesia, o acaso más, no lo hacen, que Dios las perdone e ilumine con más fuerza. Para nosotros, la lección a imitar está bien dada, y el reto es manifiesto:

Hemos de arrepentirnos y pedir perdón, en la esperanza de ser perdonados. Matemos la soberbia y confesemos la verdad.

1.4. El Espíritu dice: el perdón no es meta; el futuro es santidad de vida.

Pedimos perdón, sí. Pero, hecho eso por parte de la Iglesia y de cada uno de nosotros, no nos detengamos; no nos quedemos manoseando el pecado, observando las lágrimas, recibiendo perdones. El sincero reconocimiento del pecado y la súplica de perdón no entenebrecen el cielo de la Iglesia de Cristo; iluminan más bien, por contraste, la otra parte espléndida de su historia, la que florece y fructifica en héroes, mártires, misioneros, servicios de justicia, paz, amor y caridad...; ésa es el futuro.

"Esa viva conciencia penitencial -dice el Papa-no nos ha impedido dar gloria al Señor por todo lo que Él ha obrado a lo largo de los siglos, especialmente en el siglo que hemos dejado atrás, concediendo a la Iglesia una gran multitud de santos y de mártires..." (n.7).

Esta reflexión, como se ve, no acaba confesando errores y pidiendo perdón. No era ese su objetivo pleno. Acaba dando gracias a Dios por el valor y ejemplaridad de los santos,

de los mártires, de cuantos han vivido dedicados a la caridad, denunciando injusticias o desposeyéndose de sí mismos para dar vida a los demás. Y, tras ese reconocimiento de la obra de la gracia en los hombres, acaba ofreciendo un motivo de meditación, un reto:

Confesemos cada uno honradamente nuestros errores pasados. Fuimos injustos, insolidarios, deshonestos, manipuladores, intolerante.: ¡Perdón! Dispongámonos a seguir a Cristo con mayor fidelidad en el ámbito de nuestra misión eclesial, laboral, docente, económica, social... ¡Compromiso!

2. Superemos el egoísmo y hagámonos solidarios con la persona humana

Esta segunda reflexión supone que hay en nosotros escucha de la Palabra de Dios a través de los signos, deseo de purificar la memoria del pasado, y compromiso de un futuro mejor. Este supuesto recoge tres cuestiones y tres actitudes ante la vida en convivencia, que, a juicio del papa Juan Pablo II, requieren purificación actual y formas nuevas en el futuro:

- ***la deshumanización en el proceso de globalización,***
- ***el impacto terrible de la deuda externa en muchos pueblos,***
- ***el feo rostro de algunas nuevas pobrezas emergentes en cualquier mundo.***

Las enunciamos de ese modo para que en el nuevo Curso susciten en nosotros gestos de sensibilidad renovada con promoción de acciones purificadoras.

2.1. Cuestión primera: desequilibrios económico-sociales, globalización y gestión.

En tres párrafos el Papa llama nuestra atención y se dirige a las diversas instancias de la vida laboral, social, eclesial y económica en el mundo, diciendo:

"En el Año Jubilar tuvo gran impacto el encuentro que tuve con los trabajadores. Se desarrolló el día uno de mayo, dentro de la tradicional fecha de la fiesta del trabajo.

En ese encuentro, pedí tres cosas:

A los trabajadores, que vivieran la espiritualidad del trabajo, a imitación de San José y de Jesús mismo.

A los gobernantes y hombres de empresa , que remedien los desequilibrios económicos y sociales existentes en el mundo del trabajo.

Y a los gestores de los procesos de globalización económica, que actúen en función de la solidaridad y del respeto debido a la persona humana"(n.10)

1) Elogio del trabajo y reto de su espiritualidad.

Hoy vemos el trabajo como un gran bien, como una bendición para el hombre.

Es su principal fuente de seguridad para vivir dignamente y proyectar el mañana.

Es una exigencia de la propia condición humana, y la base más sólida del equilibrio personal, familiar y social.

Todo eso, que ya es mucho, conlleva un espíritu y hay que ponderarlo altamente.

Pero hay que complementar esa faceta humana con tres rasgos más: **honradez de cada uno en el servicio, solicitud en la búsqueda para todos de un puesto, y consideración del trabajo -como la vida misma- en calidad de don que nos eleve a Dios creador y padre nuestro.**

Si se prescinde de esa vertiente más espiritual, estaremos hablando de algo valioso: la antropología y sociología del trabajo, pero nos faltaría la mirada a Dios.

Emerge, pues, un reto: consistiría en **armonizar trabajo, dignidad, seguridad, futuro y vida en Dios.**

2) Contribución al equilibrio económico y social en el trabajo.

La experiencia nos muestra cada día que entre nosotros hay excesiva carga de egoísmo y que, si podemos enriquecernos rápidamente, aunque dejemos a otros en la indigencia, lo hacemos. Las economías de producción, de crecientes beneficios, incluso de pelotazos, ciegan nuestras conciencias.

De ese modo, como tantas veces nos advierte la conciencia social humana y cristiana, en el mundo los relativamente pocos ricos y poderosos se van haciendo cada día más ricos y poderosos con sus negocios, mientras que la clase media no crece como debiera, y el número de los pobres, de los sin pan, se acrecienta de forma alarmante.

Eso es a todas luces injusto y nos plantea nuevo reto: **Cuál va a ser, según nuestras posibilidades empresariales, económicas, políticas, formativas, el compromiso para promover en este Curso experiencias de mayor equilibrio.**

3) El reto de la globalización deshumanizadora.

Resulta evidente que los humanos nos enfrentamos de continuo desde actitudes e intereses contrapuestos. De un lado pueden quedar imperios económicos-técnicos (cada vez más concentrados y combativos) que, incluso con abuso de poder, tienden a utilizar a los hombres a modo de máquinas bien engrasadas, a veces con explotación. Del otro, los excluidos de esos imperios por pérdida de puestos de trabajo, y los profetas que, aunque no sean oídos, exigen el reconocimiento de la superioridad de la vida, persona y dignidad, sobre los valores materiales, económicos. Los primeros imponen su ley y poder; los segundos denuncian; y entre ambos no hay entendimiento.

El Papa no entra a juzgar económica y técnicamente los "procesos de globalización" y si ese es el devenir de la economía. No es esa su competencia. Él pide -y esto sí es propio

de él, y de toda persona libre- que "los procesos de globalización" no sean sólo "económicos" sino que se gestionen en función de la solidaridad con todos los pueblos y desde el respeto debido a la persona humana"

Y el mismo grito del Papa sugiere cual debe ser nuestra postura y nuestra enseñanza en este Curso: **¿Está a nuestro alcance crear una alternativa al proceso de globalización? Si no, reclamemos que la globalización no sea sólo económica sino también cultural y social, y que perfeccione la condición del hombre.**

2.2. Cuestión segunda: El drama, cadena opresora, de muchos pueblos: la deuda externa.

El jubileo, dice el Papa, ha sido también -y no podía ser de otro modo- un gran acontecimiento de caridad... Y ha tenido particular significado, a este respecto, el problema de la deuda internacional de los países pobres...

Me complace observar que recientemente los Parlamentos de muchos Estados acreedores han votado una reducción sustancial de la deuda bilateral que tienen los países más pobres y endeudados. Formulo mis votos para que los respectivos Gobiernos acaten en breve plazo estas decisiones parlamentarias.

Más problemática ha resultado la cuestión de la deuda multilateral, contraída por los países pobres con los organismos financieros internacionales. Es de desear que los Estados miembros de tales organizaciones, sobre todo los que tienen un mayor peso en las decisiones, logren alcanzar el consenso necesario para llegar a dar rápida solución a una cuestión de la que depende el proceso de desarrollo de muchos países..."(n. 14).

En actitud agradecida, el Papa celebra que "los Parlamentos de muchos Estados" hayan aprobado la "reducción sustancial" de la deuda bilateral, es decir, de la deuda de un país pobre frente a otro país más afortunado. Esto supone un gesto muy positivo y, en cuanto tal, se aplaude. Lo importante es que ese espíritu se amplíe y agrande, y que cada uno de los países acreedores aplique esa reducción con justicia, solidaridad y caridad.

Ese es el camino de futuro por el que tenemos que entrar en la lucha desde una actitud generosa. Pero con una cautela: que se exija la aplicación estricta de esa condonación de la deuda a la promoción del pueblo, no a enriquecimiento de los mejor situados.

Decidamos, pues, en qué medida apoyaremos a movimientos liberadores de la deuda externa, incluso con sacrificio personal. El objetivo vale la pena.

2.3. Cuestión tercera: Sensibilidad ante las nuevas pobreza.

"Nuestro mundo empieza el milenio cargado de las contradicciones de un crecimiento económico, cultural, tecnológico, que ofrece a pocos afortunados grandes posibilidades, dejando a millones y millones de personas no sólo al margen del progreso, sino a vivir en condiciones de vida muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana.

¿Cómo es posible que en nuestro tiempo haya todavía quien se muere de hambre, quien está condenado al analfabetismo, quien carece de la asistencia médica más elemental, quien no tiene techo para cobijarse?

Y el panorama de la pobreza puede extenderse indefinidamente, si a las antiguas pobrezas añadimos las nuevas: las que afectan a menudo a ambientes y grupos que no carecen de recursos económicos, pero que están expuestos a la desesperación del sin sentido, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social" (n. 50)

"El cristiano que se asoma a ese panorama, añade el Papa, debe aprender a hacer su acto de fe en Cristo interpretando el llamamiento que Él dirige desde este mundo de la pobreza. Se trata de continuar una tradición de caridad que ya tuvo muchísimas manifestaciones en los dos milenios pasados, pero que hoy quizá requiere mayor creatividad. **Es la hora de la nueva imaginación de la caridad**, que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercano y solidario con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante *sino como un compartir fraterno*" (n. 50).

He aquí la formulación de nuestro reto: actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como en su casa. "Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio que es la primera caridad, corre el riesgo de caer en el mar de palabras al que cada día nos sumerge la actual sociedad de la comunicación. La caridad de las obras corroborará la caridad de las palabras" (n.50).

Sepamos, pues, discernir y tomar postura con nuestras palabras, orientaciones, círculos de estudio y experiencias de vida, frente a las situaciones que ponen en peligro a la persona humana.

3. Pasemos de actitudes impositivas a actitudes dialogantes

Los viejos cristianos tenemos todavía en la mente el cambio de actitud que supuso, en la sociedad y cultura de los años sesenta, el vendaval del Espíritu en la Iglesia mediante los debates sucesivos del concilio Vaticano II.

Símbolo de ello fue el inicio de la Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual:

"Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo" (GS 1).

Y lo fue también la encíclica de Pablo VI, ***Ecclesiam suam***, "sobre los caminos que la Iglesia Católica debe seguir en la actualidad para cumplir su misión". Esos caminos y actitudes se resumen en tres: ***La conciencia, La renovación, El diálogo.***

Y hablando del "diálogo", que será nuestro tema, decía cosas como estas:

"La Iglesia debe entablar diálogo con el mundo en que tiene que vivir. La Iglesia se hace palabra. La Iglesia se hace mensaje. La Iglesia se hace coloquio" (n. 60).

"El diálogo debe caracterizar nuestro ministerio apostólico..."(n. 62).

"He aquí, venerables hermanos, el origen trascendente del diálogo: la intención misma de Dios. La religión es, por su propia naturaleza, una relación entre Dios y el hombre..."(n. 64)

"El diálogo de la salvación fue abierto espontáneamente por la iniciativa divina...; partió de la caridad divina...; no se ajustó a los méritos de aquellos a los que iba dirigido...; no obligó físicamente a nadie a aceptarlo...; se hizo posible a todos...; ha conocido grados, desarrollos sucesivos..." (n.66-71).

"En el diálogo... se realiza la unión de la verdad y de la caridad, de la inteligencia y del amor"(n. 76).

"En el diálogo se descubre cuán diversas son las vías que llevan a la luz de la fe y cómo es posible hacerlas converger hacia el mismo fin..."(n. 77).

Con esas y otras muchas expresiones del nuevo talante que deseaba adoptar la Iglesia de Cristo, se nos decía a todos que los retos de nuestra época nos forzaban a estrechar los lazos entre los hombres, y de los hombres con Dios, utilizando la **comunicación dialogal** en la convivencia social, religiosa, laboral, cultural...

En esta reflexión, siguiendo las pautas de Juan Pablo II, tomamos como un reto el diálogo humilde y sincero que debe presidir las relaciones respetuosas y abiertas entre los miembros de las diversas creencias y religiones, pues vivir al día en forma integradora de la persona supone entrelazar todos sus estratos, buscando siempre la verdad en la caridad, comenzando por el ámbito religioso.

Asumamos, pues, como nuestro, cuanto se vislumbra en la actitud del papa Juan Pablo II, y pongamos de acuerdo con ello nuestro programa de vida en convivencia religiosa con otros grupos durante el Curso.

3.1. Diálogo, convivencia y misión cristiana.

*"Un nuevo siglo y un nuevo milenio se abren a la luz de Cristo, aunque no todos vean esta luz. Nosotros tenemos el maravilloso y exigente cometido de ser su reflejo. Es el *mysterium lunae* tan querido por la contemplación de los Padres, los cuales indicaron con esta imagen que la Iglesia dependía de Cristo, Sol del cual ella refleja la luz..."*

Esta es una tarea que nos hace temblar, si nos fijamos en la debilidad que tan a menudo nos vuelve opacos y llenos de sombras. Pero es una tarea posible si, expuestos a la luz de Cristo, sabemos abrirnos a la gracia que nos hace hombres nuevos" (nº 54).

Una actitud teológica muy clara preside ese párrafo. Dios es luz, Cristo es luz, y seguirán siéndolo en el nuevo milenio, al menos ante los ojos de quienes hemos recibido el don de la fe.

Persuadidos como estamos de esa verdad, nos competen dos deberes: **1) respetar en la convivencia a nuestros hermanos increyentes y a quienes poseen otras creencias distintas de las nuestras; 2) asumir la gran responsabilidad de vivir como Iglesia que se purifica día a día en sus miembros y que refleja en su vida la luz que recibe del Sol, Cristo, Hijo del Padre.**

"En la transparencia de nuestra vida en Cristo, y en su comunicación de forma dialogada, estará el camino eclesial de futuro en medio de una sociedad laica".

No es extraño que, al ponderar esa responsabilidad, el Papa tiemble. Se siente pobre en su debilidad que es debilidad de todos; y desde la debilidad se urge el reto de actuar con humildad para ser reflejo de la Luz y testigos de la verdad en el mundo y junto a otras creencias y vivencias religiosas a las que hemos de iluminar con Cristo.

"En esta perspectiva {de comunicación dialogal}, dice el Papa, se sitúa el gran desafío del diálogo interreligioso. En él estaremos comprometidos durante el nuevo siglo, en la línea marcada por el concilio Vaticano II ... Es un diálogo que debe continuar.

Este diálogo, en la situación de marcado pluralismo cultural y religioso que se va presentando en la sociedad del nuevo milenio, es, además, importante para proponer una base firme de paz y alejar el espectro de las guerras de religión que han bañado en sangre muchos períodos de la historia...

El nombre del único Dios tiene que ser cada vez más, como ya es de por sí, un nombre de paz y un imperativo de paz" (n.55)

Convivir hoy dignamente supone querer y saber ejercer una autonomía personal, al lado de otras autonomías, respetando cada cual al otro como él quiera ser respetado, en su trabajo, economía, libertad, creencias. Si eso no se da en forma responsable, y uno se concede a sí mismo licencias que niega a los demás, estamos cultivando los gérmenes de discordia y guerras.

Aquí entra en juego la obra educadora de las familias, de las escuelas, de la Iglesia, de la sociedad. Las palabras bonitas son fáciles de decir, pero adquirir comportamientos dignos, altruistas, creadores de paz, cuesta muy mucho, porque en la vida emerge en primer término y siempre el egoísmo. De ahí que si padres, educadores, predicadores, medios de comunicación, etc., no trabajamos en armonía, los problemas perdurarán y se empeorarán. **Y la Iglesia Católica ha de ir por delante, dando ejemplo.**

3.2. Pero dialoguemos desde la fe, no desde la indiferencia.

Advirtamos, no obstante lo dicho, agrega el Papa, que en el ámbito del diálogo interreligioso hay que actuar con ciertas cautelas o pautas, pues dialogar desde la fe no es utilizar palabrería barata ni tomar copas juntos para hacer humana amistad. Su profundidad es mucho mayor e impone ciertas exigencias, como la de "no hablar" desde la insensibilidad e indiferencia religiosa. De lo contrario, se desnaturaliza el tema.

"El diálogo {religioso} no puede basarse en la indiferencia religiosa.

Nosotros, como cristianos, tenemos el deber de desarrollarlo ofreciendo pleno testimonio de la esperanza que está en nosotros.

No debemos temer que pueda constituir una ofensa a la identidad del otro aquello que es más bien anuncio gozoso de un don para todos, y que se propone a todos con el mayor respeto a la libertad de cada uno: se trata del don de la revelación del Dios-Amor, que, tanto amó al mundo, que le dio su Hijo unigénito (Jn 3,26).

Todo esto, como también ha sido subrayado recientemente en la Declaración Dominus Iesus, no puede ser objeto de una especie de negociación dialogística, como si para nosotros fuese una simple opinión. Al contrario, para nosotros es una gracia, una noticia que debemos anunciar.

La Iglesia, por tanto, no puede sustraerse a la actividad misionera hacia los pueblos... El diálogo interreligioso no puede sustituir al anuncio del mensaje. El diálogo sigue orientándose al anuncio... Pero, al mismo tiempo, ese deber misionero no nos impide entablar el diálogo íntimamente dispuestos a la escucha...

Este principio es la base no sólo de la inagotable profundización teológica de la verdad cristiana, sino también del diálogo cristiano con las filosofías, las culturas y las religiones...." (n. 56)

Asumamos, pues, el reto del diálogo consciente, serenamente:

- Diálogo como vía de comunicación en convivencia social, política, cultural, religiosa, sabiendo cada cual -con cierta profundidad- de qué hablamos.
- Diálogo entre las religiones, para poder discernir mejor la bondad y verdad de cada una mediante la comunicación sincera y abierta de lo que son sus claves fundamentales y también los elementos secundarios de la misma, adheridos, tal vez, en su historia.
- Diálogo desde las respectivas identidades, amando sinceramente lo que se posee, pero en disposición de corregir y perdonar errores pasados, y de clarificar doctrinas y comportamientos.

Solamente si nos mostramos abiertos a la verdad, venga de donde viniere, asumiremos el papel educador, formativo, convivencial, religioso, que nos corresponde. También aquí el precepto vale: Hay que amar a Dios y su Verdad, y amar a los otros y su verdad como a nosotros mismos.

4. Conozcamos bien a Cristo y hablemos como el al mundo

A modo de introducción

Recordamos que en las reflexiones precedentes nos hemos referido con frecuencia al Año Jubilar 2000, acontecimiento que hemos entendido como un “encuentro personal de los cristianos con Dios en la Iglesia”. Y, hablando de él, hemos puesto de relieve la preeminencia que debe concederse a la persona humana sobre los factores económicos, sociales, científicos.

Añadamos ahora que, en relación con Dios, para los cristianos es fundamental asumir el reto de que, con carácter irrevocable, nosotros somos y hemos de ser personas, y que, cuando adoramos, adoramos a un Dios irrevocablemente personal.

Esta visión del hombre religioso como “persona”, vinculada a un “Dios personal”, puede parecer un tanto “miope o cerrada” para algunos, pues al inicio del nuevo milenio sigue habiendo quienes dicen que –para ellos- Dios es un “olvidado”, un “ausente”, un “muerto”, y que el “destino del hombre” no es encontrarse con Él personalmente sino diluirse en el conjunto de las energías que forman el tejido del cosmos.

Eso indica que en el mundo se está desarrollando un pluralismo cultural de gran alcance, y que en él nos hallamos de alguna forma inmersos los cristianos. Súmese a ello que las disparidades de creencias que sobre tal suelo se cultiven pueden poner en seria dificultad el diálogo interreligioso de que hemos hecho mención, y dar origen a monólogos extremadamente diversos.

Si así fuere, ocurriría que cada grupo religioso parlante habría de tener, por una parte, bien perfilada su “identidad”, para contrastarla con otras, y que –para exponer su doctrina y defenderla- necesitaría conocer a fondo las fuentes de su fe, los mensajes que envía al mundo y las personas claves que los han configurado.

Situados en ese contexto, surge nuestro tema: 1) ¿Sabemos los cristianos, en medio de una cultura general laica, alimentar nuestra vida de fe dentro de una filosofía personalista, abierta a las trascendencia de Dios personal, con esperanza de eternidad personal? ; 2) ¿Tenemos trato frecuente con las fuentes que dieron origen a nuestras creencias?

Juan Pablo II se lo ha planteado y nos lo ha planteado con este reto: ¿Conocemos bien a Cristo desde la Escritura Sagrada y la vida, y sabemos presentar al mundo nuestra identidad cristiana y defenderla? Adentrémonos en el tema gradualmente.

4.1. Cristo es quien nos ha enseñado a nosotros a hablar de Dios.

Jesús de Nazaret, Hijo de Dios encarnado, es quien, a través de su experiencia viva, de la Iglesia que fundó y del Evangelio, nos reveló el rostro de Dios y nos enseñó a hablar

de Él como de nuestro Creador y Padre, siendo nosotros sus hijos , y Jesús mismo nuestro Hermano

Fue a partir de esa revelación y verdad comose nos inculcó que lo más grande en nuestra vida y doctrina era aspirar a compenetrarnos de tal forma con la persona, imagen, rostro, sensibilidad y mensaje de Jesús, que su vida fuera nuestra vida, sus sentimientos nuestros sentimientos, y su visión del mundo nuestra visión. Cualquiera otra perspectiva, por bella que pareciera, no respondería a nuestras creencias.

El papa Juan Pablo II percibió claramente todo eso, y nos instó en su Carta Apostólica a que, pasado el Año Jubilar con sus gracias, frecuentáramos el trato con Cristo a través de la Escritura donde está su Palabra y su Rostro, pues lo demás es muy pobre, comparado con el conocimiento del Señor

Nos lo dijo de manera suave, ponderando el valor de los signos de gracia que se dieron en el Año jubilar: peticiones de perdón, encuentros con obreros, jóvenes y enfermos, peregrinaciones, mensajes a gobernantes, aclamación de algunos santos...

Todos esos gestos, escribió, hablan de una Iglesia viva, de una fe sincera, de la existencia de ejemplares de santidad... Pero, si los miramos en profundidad, resultan efímeros. Saben a poco. No dejan huella. Nuestra mirada de fe tiene que ir más al fondo y percibir tras ellos algún núcleo o raíz o persona cuya virtud y fuerza se irradia a su través. ¿Quién está en la raíz de toda nuestra vida, de nuestra doctrina, de nuestra seguridad? Está Cristo y sólo Cristo: rostro de Dios, salvación.

“Si quisiéramos identificar el núcleo esencial de la gran herencia que nos deja el año jubilar, no dudaría en concretarlo en la contemplación del rostro de Cristo: rostro contemplado en sus coordenadas históricas y en su misterio, acogido en su múltiple presencia en la Iglesia y en el mundo, confesado como sentido de la Historia y luz de nuestro camino...”

Contemplar el rostro de Cristo es encontrar la verdad salvadora, el amor y lapaz, la justicia y el perdón, el hombre doliente y triunfador, el Hijo de Dios e Hijo del hombre...” (n.15)

4.2. Contemplemos, pues, a Cristo y sabremos ir mar adentro.

No es extraño que el Papa, valorando esa inmensa realidad de fe, se sienta, como el apóstol Pablo, débil en sí mismo, pero ansioso de identificarse con el Cristo de los Evangelios: verdad divina y humana, rostro de Dios y del hombre, varón de dolores y Señor triunfador, oferente de sí mismo y mediador de todos los demás...; y que luego, añada :

“{Contemplado el rostro de Cristo}, es como nosotros tenemos que mirar hacia adelante; es como debemos remar mar adentro, confiando en su palabra... Las experiencias vividas deben suscitar en nosotros un dinamismo nuevo, y empujarnos a emplear el entusiasmo experimentado en iniciativas concretas” (n.15).

Entendamos, pues, que todo impulso que nos haga remar mar adentro, con dinamismo nuevo, estará vinculado a nuestra capacidad de asimilar el espíritu de Jesús y de convertirnos, por fe, en reflejo de su luz, amor, entrega, ofrenda. Nos lo repite el Papa comentando el interrogante de las gentes que decían a los discípulos: “Queremos ver a Jesús” (Jn 12,21). Las “palabras” no les bastaban; querían ver su rostro.

“Queremos ver a Jesús (Jn 12,21). Esta petición, que se la hicieron al apóstol Felipe algunos griegos que acudieron a Jerusalén en la peregrinación pascual, tiene que resonar también espiritualmente en nuestros oídos ...

Como aquellos peregrinos de hace dos mil años, los hombres de nuestro tiempo, quizá no siempre conscientemente, nos piden a los creyentes de hoy no sólo hablar de Cristo, sino en cierto modo hacérselo ver” (n. 15).

Nos encontramos ante el eje sobre el que gira la historia de salvación: Cristo. Él, Dios encarnado, mientras vivió entre nosotros fue Hijo, rostro del Padre, luz y mensaje nuevo, amigo al que se podía saludar, contemplar, acompañar en gozo y dolor, e incluso “despreciar”. Ver su rostro era comenzar a entrar en su misterio.

Pero Jesús volvió al Padre y ya no podemos contemplarlo directamente en su rostro de niño, profeta, Mesías, crucificado. Ahora nos corresponde a nosotros, los creyentes, ser reflejo de su luz y comunicar a los demás la vida que de él hemos recibido.

“¿No es cometido de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer resplandecer su rostro ante las generaciones del nuevo milenio?” (n. 16)

Aquí estamos implicados todos y cada uno de los discípulos, desde el Papa hasta el jardinero de la ribera del Pisuerga. Si bien nunca alcanzaremos la condición de ser perfectas transparencias de su rostro, **hemos de aspirar a que alguien, al “vernós adheridos a él, como miembros de cuerpo místico”, al “escuchar nuestra doctrina de fe”, al “vernós razonar desde la Biblia” pueda decir: junto a ése que se presenta como testigo de Jesús yo caminaría hacia la paz, y al encuentro con Dios.**

4.3. Habituémonos a ver en el Evangelio y a reflejar el rostro de Cristo

“La contemplación del rostro de Cristo se centra sobre todo en lo que de Él dice la sagrada Escritura, pues ésta, desde el principio hasta el fin, está impregnada del misterio de Cristo...; hasta el punto de que san Jerónimo afirmara con vigor: Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo mismo...”(n. 17).

“Los Evangelios no pretenden ser una biografía completa de Jesús, según los cánones de la ciencia moderna. Pero en ellos emerge el rostro del Nazareno con un fundamento histórico seguro, pues los Evangelistas se preocuparon de presentarlo recogiendo testimonios fiables y trabajando sobre documentos sometidos al atento discernimiento eclesial...” (n. 18).

Aquí surge el reto apremiante para los cristianos:

1) Tanto en su diálogo con el mundo arreligioso como en su diálogo con otras religiones, sólo a través del trato frecuente con Jesús en el Evangelio podremos compenetrarnos con su rostro de Hijo del hombre e Hijo de Dios y con su mensaje, y así iluminar a los hombres

2) Conocer la Escritura Sagrada nos lleva a descubrir, a vivir y a comunicar el rostro de Cristo que es caridad y verdad, justicia y paz, profeta denunciador y sacerdote perdonador, buen samaritano y maestro en la sinagoga, varón de dolores y Señor que triunfa de la muerte, seguridad de nuestra vida futura. Y cuando dialoguemos con los hombres de cualquier religión, lo reflejaremos en nuestra conducta y doctrina con reciedumbre de fe meditada, fundada.

3) No dudemos en cultivarlo y manifestarlo:

- Nuestra verdad es Cristo, revelador de Dios Padre, Creador, Providencia.
- Nuestro maestro es Cristo, verdad, amor, justicia, misericordia.
- Nuestra vida es Cristo, Redentor, Buen samaritano que nos enseña a amar.
- Nuestra seguridad es Cristo, garantía, esperanza de vida eterna personal en Dios.